

ROSENDO SALVADO

MONJE Y MISIONERO DE AUSTRALIA OCCIDENTAL

Rosendo Salvado, nacido en Tuy, Pontevedra, fue monje de la Orden Benedictina y uno de los más grandes evangelizadores de Australia y sus aborígenes. Aunque hay una estatua de este misionero presidiendo la Plaza de la Inmaculada, en su ciudad natal de Tuy, sus restos descansan en su tierra de adopción, Australia. Está enterrado en Nueva Nursia, una abadía benedictina que él mismo fundó en la zona sur occidental de Australia, muy cerca de Perth.

Y es que no se puede hablar de un monje benedictino sin su monasterio. La Nueva Nursia, en recuerdo de la Nursia italiana, donde había nacido San Benito, la fundó Rosendo en 1846. Hoy es una población australiana, sede además de una estación de seguimiento de la Agencia Espacial Europea, pero en la que el monasterio benedictino sigue siendo el centro y la referencia.

Rosendo, y los benedictinos que le acompañarían más tarde, volvieron a revivir la labor evangelizadora que habían llevado a cabo, mil años antes, sus antecesores en Europa. Nueva Nursia se convirtió en misión, monasterio, lugar de acogida para el que lo necesitase, oasis espiritual, centro educativo... Un “ora et labora” australiano, que hoy en día sigue irradiando espiritualidad, educación y evangelización...

Rosendo sería nombrado en 1867 abad-obispo de la Abadía Territorial de Nueva Norcia. Dedicó 54 años a la misión y a los aborígenes de Australia, 34 de ellos como obispo.

Lucas José Rosendo Salvado y Rotea nació en Tuy, Pontevedra, el 1 de marzo de 1814. En 1829 fue admitido en el monasterio benedictino de San Martín Pinario, fundado en el siglo X en la misma ciudad de Santiago de Compostela. La desamortización de los bienes eclesiásticos en 1835 llevó a que los monjes tuvieran que abandonar su monasterio. En 1838 se embarcó ya monje benedictino con destino al monasterio de la Cava en Nápoles. Allí sería ordenado sacerdote al año siguiente. Siempre había querido ser misionero, por lo que en una estancia en Roma acudió a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, en aquel entonces conocida como Propaganda Fide buscando un destino misionero. Fue una coincidencia que un sacerdote inglés, el padre John Brady, estuviera también allí buscando apoyo para la misión en Australia. Con el permiso de sus superiores fray Rosendo, junto a otro compañero venido de Galicia, fray José Benito Serra, partió con Mons. John Brady, que antes de partir había sido consagrado primer obispo de Perth.

El 8 de enero de 1846 llegaban a Perth. Mons. Brady le encomendó una zona al norte de Perth, conocida como Victoria Plains. El obispo les dio tres libras esterlinas y la concesión de un hipotético terreno de ocho hectáreas, hecha por el gobernador. Y sin

nada más los dos monjes se fueron hacia su misión. Tardaron 15 días en llegar y casi mueren de sed. La única palabra aborigen que conocía fray Rosendo era “maraña” (comida), eso le salvó de morir en el primer encuentro con los “hostiles”, que se presentaron con lanzas y amenazantes. Con la “maraña” que les ofrecieron los misioneros pronto desapareció la desconfianza. Compartieron vida y comida.

En breve se hizo una clara idea de cómo eran tratados los aborígenes por los colonos ingleses: “Perseguidos por la población blanca y privados de poder andar errantes con toda libertad al través de sus nativas selvas, se ven actualmente obligados a guarecerse entre los espesos matorrales y los más inaccesibles despeñaderos... Y con todo, ¿qué compensación han recibido de los que han ocupado sus tierras?... Por lo general son considerados como bestias incapaces de toda educación, así religiosa como civil, y a medida que van internándose los europeos en su país, disminuye aquella raza desgraciada hasta que acabe por aniquilarse y desaparecer para siempre”.

Para conseguir ayuda para su nascente misión volvió a Perth y organizó un concierto de música. Fue un éxito y con lo recaudado, una suma importante, compró provisiones y un par de bueyes. La vida nómada de fray Rosendo y fray José Benito duró un año. Los aborígenes respetaban a los misioneros y se quedaron asombrados de cómo establecían toda una explotación agrícola en aquellas tierras. Además les llegó la primera ayuda en metálico de Propaganda Fide. Parecía que todo salía bien, a pesar de las dificultades.

Fue entonces cuando se les hizo saber que las antiguas tierras concedidas les eran arrebatadas y se repartían entre nuevos colonos. Recogieron sus enseres, desmontaron la choza y se trasladaron a unas millas al sur del río Moora. Allí, tras lograr de nuevo el permiso del gobierno, se estableció Nueva Nursia, en honor de la ciudad natal de San Benito. Lo primero que hicieron fue sembrar los 20 acres de la concesión. Los aborígenes se fueron estableciendo en los alrededores, pero lo cierto es que lo que producía la escasa tierra de los misioneros apenas llegaba para todos. Fray Rosendo pidió 30 acres más de tierra y el gobernador, que conocía la labor de los misioneros, se los concedió y añadió otros mil acres más, para que pudieran tener ganado. El 1 de marzo de 1847 se ponían los cimientos del monasterio.

Fray Rosendo se volvió así – como tantos misioneros de antes y de después – albañil, cantero y carpintero... tras las horas de labranza diaria. Siempre, al atardecer, reservaba tiempo para rezar y, sobre todo, compartir, alrededor de la lumbre con sus “salvajes” cantos, música y relatos... un fuego de campamento entre hermanos.

Su actividad no cesaba. Construyó incluso una carretera, para unir Nueva Nursia con Perth, cuyo trazado en gran parte se conserva en la actualidad. También un puente sobre el río cercano, que sigue en pie. Aunque la fecha memorable fue el 8 de diciembre de 1847. Ese día abrió sus puertas el primer colegio para aborígenes de la historia de Australia.

Lo que caracterizó estos primeros años de misión fue la colaboración de los nativos australianos en todo lo que fray Rosendo se proponía. Explorase, sembrase o

construyese siempre estaban con él. Les había ganado el corazón. Como le había dicho el jefe de una tribu: “Aquí está mi fuego, ahora también es el tuyo”. Se notaba que los quería. Cuando las enfermedades traídas por los europeos amenazaban a los aborígenes, fray Rosendo siempre estaba al lado de los enfermos, cuidándolos como lo que eran, sus hermanos.

Fue entonces cuando nombraron a su compañero de fatigas, fray Serra, obispo de Victoria, cerca de Sídney. Se quedaba solo. Además Mons. Brady le ordenó que partiera a Europa para pedir misioneros, porque en Perth sólo había dos sacerdotes, el mismo obispo y fray Rosendo. Tres años después de llegar a Australia, el 8 de enero de 1849, se embarcaba de vuelta a Europa: Pero no volvía solo, le acompañaban dos jóvenes aborígenes. Serían los dos primeros nativos australianos en vestir el hábito benedictino. También pasó por Lyon, Francia, donde recibió la ayuda de la entonces Asociación de la Propagación de la Fe, la que se convertiría en una de las cuatro Obras Misionales Pontificias. Al llegar a Roma, en lo que él sintió que era una encerrona – así lo relata él – fue consagrado obispo por el cardenal prefecto de Propaganda Fide. Antes de volver de nuevo con los misioneros que había reclutado, pudo pasar por su Galicia natal a besar a su madre, a la que no había visto desde que se marchara a Italia.

La misión siguió creciendo, no sólo en lo material, sino sobre todo en cercanía a las personas. En 1854 la comunidad de Nueva Nursia contaba 40 monjes, entre sacerdotes y legos. Monjes labradores, que encabezados por su incansable superior abrieron cientos de pozos en toda la región – aún hoy en día se los conoce como los “pozos de la misión”–, graneros, capillas... siempre rodeados de sus hermanos aborígenes.

Propaganda Fide creó en 1859 la Abadía Territorial de Nueva Nursia. Un lugar donde fray Rosendo lo primero que había logrado solucionar fue la “maraña”. Se roturaron todas las tierras necesarias para mantener a los misioneros, a los aborígenes y a cualquiera que acudiera a pedir ayuda. Poco a poco, casa a casa, fue surgiendo una aldea y después una ciudad, New Norcia.

Los aborígenes le tenían tanto respeto que, según contaban ellos mismos pasados los años, consideraban un sacrilegio mentir delante del misionero. Él, aunque se adaptó a las costumbres de los australianos, no cedía ante algunas de ellas. Ninguna muchacha – contra la costumbre aborígen – se casaba en New Norcia sin dar su consentimiento. Ayudaba a todos, pero toda persona que acudía y se establecía libremente en la misión era persuadida para que aprendiera un oficio.

Además, y en esto nos recuerda las reducciones de los jesuitas, fray Rosendo transmitió su amor a la música a los aborígenes, hasta el punto de que el coro y orquesta de la misión eran, en aquella época, los mejores de toda Australia. El misionero estaba presente en los bailes tradicionales que se organizaban, como si de festivales se trataran, y fue uno de los primeros que describió con detalle cómo se desarrollaban. Fray Rosendo y su comunidad lograron aclimatar el olivo, la vid y muchos otros frutales al

clima de Australia. Todavía hoy los vinos de la Abadía de Nueva Nursia están entre los mejores de Australia.

El 29 de diciembre de 1900, murió a los 87 años de edad, setenta de profesión religiosa y cincuenta y cinco de vida misionera. Antes de morir sólo pidió una cosa que sus restos descansaran en Australia, en “la amada tierra, donde tengo la mayor parte de mi sangre y de mis sudores”. Sus restos descansan en el coro de la Iglesia de la misión de Nueva Nursia. Están debajo de un cuadro de la Virgen que le acompañó desde su primer día en la misión, cuando llegó sin nada, sólo con sus manos para trabajar y su corazón para amar.

Justo Amado